

de el del celebrante contiene verdaderamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo?

—¿Crees tú que bañando solamente la cabeza del catecúmeno queda lavado y purificado todo el hombre?

¡Oh perfidia griega en todos los siglos famosa! ¿Una profesión de fe puede fundarse jamás en respuestas negativas?

Con todo esto, se dirigieron al monasterio de Mar Elyas para proceder al bautismo. El bautismo entre los griegos se hace, como todos saben, por inmersión. Cada uno debe ir á sumergirse en la pila sin que el agua se remueve; el mismo líquido sirve para todo. A fin de aturdirlos y quitarles el horror de su impiedad, se les había anticipadamente dado á beber aguardiente, brebaje nocivo al hombre en cualquier país, pero principalmente en Oriente, en donde produce á los pocos instantes la embriaguez más brutal. Sin embargo, á pesar de esta precaución, de ciento cincuenta hombres que acudieron para hacerse rebautizar, más de ciento poseídos de terror y llenos de remordimientos, retrocedieron aunque bamboleándose por los vapores del alcohol, ante el acto que los hubiera separado del seno de la Iglesia romana. Al día siguiente tuvo lugar el bautismo de las mujeres. La escena sería burlesca sino fuera inmoral. La mayor parte de ellas, conducidas á viva fuerza por sus maridos ó sus padres, apenas hubieron llegado, cuando sin tener tiempo siquiera de manifestar su deseo ni aun de pronunciar una palabra, fueron arrojadas en confusa mezclanza en la pila, con menosprecio del pudor y de la decencia natural. Las desgraciadas gritaban, se lamentaban, se arrancaban los cabellos de rabia, y no sabiendo como manifestar ya su indignación, tomaban agua del baptisterio y la arrojaban á la cara misma del sacerdote griego, abrumándolo al mismo tiempo con las más horribles imprecaciones.

Después de una noche pasada en orgías, por la mañana se dirigieron todos los catecúmenos á la iglesia griega, acercándose á la mesa eucarística, y así dispuestos se alimentaron con la carne inmaculada del Cordero Divino. El día mismo en que se cometía este sacrilegio, un grupo de individuos, animados por el vestido nuevo que los cismáticos regalaban á los apóstatas, se presentaron también para recibir el bautismo. Muchos de ellos eran pobres griegos que fingían ser latinos á fin de obtener el miserable presente prometido á la infidelidad.

Por la tarde unos veinte renegados se presentaron en el convento Franciscano y llamaron al cura. Cuando éste apareció, se arrojaron á sus piés, pidiéndole, suplicándole, conjurándole á que les perdonase, que su intención jamás había sido la de abandonar á la iglesia, sino que

la pobreza les había obligado á ceder á las solicitudes de los sacerdotes griegos. Aunque el padre se convenció efectivamente del poco aprecio que hacían del cisma, no los reintegró en sus derechos de católicos sino después de suficientes pruebas de arrepentimiento y de hacer penitencia pública de su crimen.

Llegamos ahora á otro crimen del que todavía existen testigos. Bajo la primera puerta de entrada del convento franciscano de Belén hay un subterráneo que separa el cementerio actual de los griegos del antiguo de los latinos.

Este subterráneo pertenece á los frailes Menores desde tiempo inmemorial, como lo atestiguan dos firmanes que les fueron otorgados por el Sultán.

Pero en todos tiempos fué el objeto de la codicia de los griegos. Repetidas veces intentaron apoderarse de él con violencia, no por la esperanza de un provecho material que no existe, sino con la mira satánica de cerrar la salida del convento, aprisionando en algún modo á nuestros religiosos en su propia morada. Su última tentativa tuvo lugar en 1886.

Ella puede servir para ilustrar á los europeos de buena fe que se preguntan á veces con asombro, por qué los Padres de Tierra Santa revuelven todas las cancillerías por una pintura, por un clavo, por una lámpara, un corredor, un tránsito... Pues ese tránsito, aquel corredor, la otra lámpara, etc..., son como la limitación de sus derechos, la barrera contra las usurpaciones de sus invasores, y por esta causa guardan tales objetos con el celoso cuidado con que el centinela la frontera.

Estaba Belén de fiesta en cierta ocasión, pues habían celebrado los latinos las solemnidades del Nacimiento. Disponíanse los griegos á hacer otro tanto, cuando volvió á refrescarse en ellos la idea de hacerse dueños del famoso pasillo subterráneo, bajo el pretexto de que necesitaban una cuadra para los caballos de sus peregrinos. Valiéndose de sus medios ordinarios que son el oro esparcido á montones y la mentira, sobornaron á la autoridad musulmana, la cual ordenó al coronel Hassen-Bey que se trasladase al punto á aquel lugar con un pelotón de soldados para prestar auxilio á los adversarios de los franciscanos. El P. Agustín, á quien se vió tan intrépido en la defensa de la Gruta de la Leche; no fué menos admirable en estas circunstancias.

Misionero en Oriente desde hace muchos años, gozaba de grandísima consideración y fama, que le valieron en dulzura, su humildad y su sacrificio sin límites en bien del próximo. A semejanza del Patriarca



de Asís, no sabía sino bendecir y amar, pero demostró con su conducta que en la hora del peligro, los hombres dulces y humildes son por excelencia hombres de carácter y esclavos de su deber. Tan pronto como fué advertido de la aproximación de los soldados, ordenó á sus religiosos que se estuviesen tranquilos sin recurrir á otras armas que á la oración, y él solo se plantó en la puerta del subterráneo, esperando allí á los agresores. Cuando llegó Hassen-Bey, el Padre le preguntó sin inmutarse en lo más mínimo, que de quién era delegado, que cuáles eran sus poderes y si tenía documento oficial que testificase su misión. El Coronel respondió todo embarazado que no tenía sino orden verbal. «Esta orden no puedo reconocerla—replicó el Guardián:—colocado aquí por mis superiores para defender nuestros derechos, los defenderé hasta el fin; no tiene, pues, usted que esperar de mí concesión alguna.» Acobardado Hassen por tan firme lenguaje, no se atrevió en manera alguna á poner mano á la obra, y telegrafió al punto al gobernador. El bajá, que temía comprometerse, no quiso contestar, y se vió, cosa inaudita en Oriente, detenerse la fuerza brutal ante la firmeza de un simple religioso, representante del derecho y de la justicia. El hábito franciscano obtuvo este triunfo. Con todo esto el peligro no había desaparecido por completo. El Padre Agustín, con la misma energía con que había respondido á los emisarios del gobernador, hizo la guardia por dos noches, asistido de algunos religiosos, al rededor del subterráneo, permaneciendo en pie sobre el estiércol, y sin abrigo alguno contra el soplo glacial de un riguroso invierno.

Otro peligro era aún de temer: la irritación profunda de los católicos, los cuales querían vengarse á todo trance. Sin la intervención de Abonna-Francis-el-Halabi (padre Franciscano de Alepo), el cura tan amado de Belén, que es á la vez el pacificador, el consejero y el maestro de esta población tan ardiente y voluble, se hubiera emprendido una terrible lucha contra los griegos, y la sangre hubiera enrojecido las calles de la ciudad de David. A consecuencia de todos los acontecimientos, el cónsul francés hizo sus reclamaciones á la Puerta Stamana, la cual decidió que era necesario dejar las cosas *in statu quo*. ¡*El statu quo!* Conclusión deplorable que hace prolongar todas las cuestiones para llegar inevitablemente y en el último resultado á la pérdida de algún derecho para los latinos.

Las trágicas escenas que acabamos de referir se están renovando sin cesar. Las limitaciones, los ajustes impuestos por la autoridad bajo la presión de los cónsules, no son otra cosa que breves treguas violadas sin escrúpulo por los sectarios. Apenas se podía esperar otra cosa de los

monjes griegos, orgullosos, haraganes, sin regla, sin disciplina, de una moralidad más que sospechosa, cuya ciencia se reduce á conocer las minuciosas prácticas de liturgia griega, y su devoción á innumerables cruces que bajan desde la frente hasta la punta de los pies y á una infinidad de kirie-leison pronunciados con tanta precipitación que es imposible el poderlos contar. Jamás se ve á ninguno de ellos orar humildemente arrodillado sobre las losas del templo, ó apoyada la frente en las manos reflexionando alguna verdad santa.

Sacerdotes sin conciencia del sacerdocio, apóstoles sin apostolado, pastores sin corazón, sin vigilancia que han sustituido la simonía á la caridad y no cuidan de sus ovejas sino para trasquilarlas... He aquí los hombres á quienes tan justamente se ha dado el nombre de fariseos modernos. Como aquellos de la ley judaica, son amigos del bienestar, de las riquezas, de la ostentación; visten hábitos magníficos, hacen corte á los grandes despreciando al mismo tiempo á los pobres, y abusan de la viuda y del huérfano...

A esta existencia vegetativa de una desoladora esterilidad, ¡cuán consolador nos es oponer la vida inteligente y fecunda de los Franciscanos, de esos humildes y modestos obreros de la civilización cristiana que prosiguen sin desmayar ni retroceder jamás su curso laborioso y fecundo, soportando injurias, menosprecio y pobreza!

Fuera del recinto de Belén encuéntranse en varios puntos vestigios de antiguos monasterios, y no es maravilla, ya que según hemos dicho, Santa Paula fundó cuatro y desde el siglo IV hasta la invasión musulmana habianse erigido otros alrededor del pesebre. Por entre ruiuas que quizás á ellos pertenezcan, á unos quince minutos de la ciudad, llégase á la aldea de Beit-Saur, de la que eran originarios los pastores que prestaron los primeros homenajes al Dios recién nacido. Cuenta seiscientos habitantes, de ellos cuatrocientos y noventa cismáticos, cincuenta católicos y sesenta musulmanes, varias cuevas sirven de rústica morada á algunas familias ó de refugio al ganado. Entre las antiquísimas cisternas que se conservan lleva una el nombre de la Virgen María, por ser de tradición que en su huida la atribulada madre bebió de su agua, que para ello subió milagrosamente hasta el brocal. La iglesia parroquial de los católicos está dedicada á la Inmaculada Concepción y es de construcción moderna.

No lejos de allí, hacia el Nordeste, extiéndese el fértil valle conocido con el nombre de Ued-Kharubeh y en medio del llano existen las ruinas del antiguo monasterio llamado Dúrer-Rauat (de los Pastores). Santa Elena, á creer á la tradición que le atribuye cuantos edificios an-



tiguos y religiosos existen en el país, levantó allí una iglesia dedicada á los Santos Angeles con el título de *Gloria in excelsis*; de ella nada queda en el día y únicamente por una escalera de veintiún peldaños se baja á una capilla subterránea que sería la cripta del templo superior. Aun hoy, al practicar excavaciones, se encuentran allí trozos de mosaicos y otros restos que inducen á sospechar que el monumento fué digno de la princesa que en tantos sitios dejó testimonio de su piedad y munificencia; actualmente está la gruta muy pobremente decorada, y pertenece á los griegos. Es tradición que en el monasterio habitó Casiano, autor del oficio de Prima, recibido tiempo después entre las Horas canónicas.

En aquella gruta se hallaban recogidos y velando los pastores cuando los ángeles del Señor, en fría noche de diciembre, les anunciaron la buena nueva.

Allí, en aquel valle, elevóse la torre del ganado (Mighdal Heder) junto á la cual plantó Jacob su tienda después que perdió á su amada Raquel, muerta al regresar de Mesopotamia y al dar á luz al hijo de su dolor, Benjamín; fué sepultada, dice el Génesis, en el camino de Ephrata.

En oposición á este doloroso recuerdo dice la tradición que allí estuvo sitiado el campo del opulento Booz, teatro del tierno y gracioso idilio referido en el libro de Ruth.

El lugar en que se dió tierra al cadáver de Raquel y donde erigió Jacob un monumento á su memoria, hállase, según tradición unánime de cristianos, musulmanes y judíos, á unos veinte minutos de Belén, hacia el norte, siguiendo el camino que guía á Jerusalén. Setecientos años después el profeta Samuel, al ungir por rey á Saul, le habló de este monumento junto al cual debía hallar el nuevo rey á los mensajeros de su padre; en el siglo IV mencionalo San Jerónimo, en el VII lo vió San Arnulfo, y en la Edad Media lo formaban una pirámide y doce grandes piedras, en memoria de los doce hijos de Jacob. Créese que los cristianos habían construído en aquel punto una capilla; pero en el día no pasa de ser un *waly* musulmán, cuya pequeña cúpula, varias veces reconstruída y blanqueada con cal, cobija un sepulcro, apócrifo á todas luces, con todas las apariencias de uno de los numerosos sarcófagos ó cenotafios que encierran las cenizas ó están dedicados á la memoria de un santón. Su última reparación data del año 1841 y fué debida á la liberalidad del israelita Moisés Montefiore, opulento banquero de Londres. Para los judíos es aquel un monumento venerando, y gustan de inscribir su nombre en las paredes, asociando la memoria

de la esposa querida de Jacob á los dolores de su pueblo. Si en la época del primer cautiverio en Babilonia oyó Jeremías en el sepulcro de Raquel las lamentables voces y desgarradores sollozos que han resonado al través de los siglos; si el evangelista S. Mateo, cuando el degüello ordenado por Herodes, evoca del propio sepulcro el mismo acento de Raquel inconsolable llorando por sus hijos que ya no existen, los judíos, dispersos otra vez y desterrados de su patria hace dieciocho siglos, no dejan jamás, al llegar como extranjeros á la tierra que no es ya la suya, de visitar la venerada tumba de la mujer en la cual personifican su raza; prosternados ante ella riéganla con su llanto y creen oír todavía los gemidos de la triste madre, imagen de la desolada Palestina.

Siguiendo el camino de Jerusalén por cómoda y ancha carretera quedan á la izquierda, en inmediato cerrillo, las ruinas de un templo que estuvo dedicado al profeta Habacuc, y á poco se llega al monasterio griego de San Elias, que, como todos los de la Tierra Santa, tiene el aspecto de una fortaleza. La iglesia actual data del año de 1160 pues la anterior quedó destruída por efecto de un terremoto. Las paredes son muy altas y gruesas, con muy pocas aberturas; la puerta baja y angosta, está claveteada de hierro. Desde la azotea del monasterio gózase de admirable perspectiva: á una hora de Belén al medio día, y á igual distancia de Jerusalén, al norte, distínguese á un lado la iglesia de la Natividad, cuna de Jesucristo; al otro la cúpula del Santo Sepulcro, sitio en que murió y la cumbre del monte de los Olivos, desde donde ascendió á los cielos.

A pocos pasos del Monasterio venéranse al pie de añoso aceituno una peña en la que dice la tradición haber tomado reposo el profeta Elías al huir á los desiertos de Judá para librarse de la ira de Jezabel.

Avancemos un poco más, hasta la fértil vega llamada en la Biblia de los Rafaim, por haber servido de morada á una fracción de la tribu de este nombre, de gigantesca estatura y originaria de la Palestina Transjordana y como á cuatro kilómetros de Jerusalén hallaremos un pozo, ó mejor, antigua cisterna. Conocida es en el país con el nombre de los tres Reyes y también de la Estrella, porque allí, según tradición, brilló de nuevo á la vista de los Magos la estrella que les sirviera de guía en su viaje y que se había ocultado á su llegada á Jerusalén.

A su ejemplo tomemos de nuevo el camino de Belén, punto de partida para la expedición al Jordán; pero antes de emprenderla, visitemos á pocos pasos de la misma carretera y á unos siete minutos de la ciudad tres cisternas llamadas *Biar Daud* (Pozos de David), por ser